

LA NACION

Caracol

Sobreviviente del tango

El intérprete de música ciudadana presentará los jueves y viernes de enero, en Café Homero, las canciones de su último disco, "Destino de canto"

Foto: Santiago Hafford

En 1986, cuando el panorama del tango era un desierto, el pianista Héctor "Chupita" Stamponi sentenció: "El mejor cantor de tangos de la actualidad se llama Roberto Paviotti". El pianista y autor de "El último café" era un adelantado. Más de quince años después, esa sentencia parece confirmarse cada vez que Caracol aparece en el escenario del legendario Café Homero y sorprende por la originalidad de su fraseo, la sobriedad de su estilo interpretativo y la recreación de un repertorio clásico y de autores poco transitados, como Eladia Blázquez, Héctor Negro, Alejandro Szwarcman, Hugo Nadalino o Chico Novarro.



En el público se ve una mezcla de viejos aficionados al tango que se identifican con su expresividad y chicos que se fascinan con la informalidad del cantor. "Me siento como un puente entre una generación y otra. No sé por qué: quizá sea por mi aspecto. No soy un tipo prolijo, sino más bien desaliñado. No uso traje y me ven un poco más como ellos", dice Caracol, que presentará las canciones de su último material, "Destino de cantor", todos los jueves y viernes de enero en el Homero (Cabrera al 4946), donde otros grandes cantores terminaron por consagrarse.

A los 54 años, el cantor platense, criado en el barrio Cementerio, lleva editados cinco discos y aunque es uno de los intérpretes más respetados dentro del ambiente del tango y del folklore por su colaboración con artistas como Osvaldo Tarantino, Chabuca Granda, Homero y Virgilio Expósito, Sebastián Piana, Eladia Blázquez, Juan Falú, Susana Rinaldi, Eduardo Lagos, Raúl Carnota, Lito Vitale, Adolfo Abalos y Jaime Dávalos, todavía no fue descubierto por el gran público. Su historia es particular.

De chico, Fidel Pintos lo adoptó como ahijado artístico, lo llevó por escenarios de todo el país y con 6 años lo transformó en una figura precoz de Radio Belgrano. A los 10 se cansó de llevar una vida diferente de la de los chicos de su edad y se retiró. El resto de los años hasta su adultez repitió esa secuencia. Volvía a cantar y desaparecía en un ostracismo que rompía sólo por la invitación de algún amigo como Stamponi o Tarantino para cantar algún tango. "Una vez en el Homero tocamos cuatro versiones

diferentes de «Flor de lino» con «Taranta». Al final, «Chupita», que había hecho el tango, me dijo: "¡Qué bueno que debe ser el tema para aguantar todo lo que le hicieron!".

Nunca se la creyó. Combinaba su pasión oculta del tango en guitarreadas o fiestas privadas con otros oficios terrestres como el de mecánico, camionero, albañil, oficinista y almacenero. En 1979, participó junto a Chico Novarro del espectáculo «Gente de mi ciudad» y tuvo cierto suceso. Pero otra vez se retiró de los escenarios. Hasta que en 1995 cumplió con el último deseo de su padre, bajó definitivamente las persianas de la rotisería que tenía en La Plata, se dedicó a cantar y tres años después grabó su primer disco: "Compás de espera".

"Con el disco me empezó a salir trabajo, viajes... Le empecé a sentir el gustito al aplauso y enseguida quise grabar el segundo «Caracol canta tangos». Después vinieron «Mucho más que dos» y uno que hicimos en vivo en Comodoro Rivadavia con el pianista Hernán Ruiz. En diciembre de este año me tenía que hacer una operación y me prometí: «Si vivo, grabo otro disco», y salió «Destino de canto». Porque creo que la grabación es lo que queda de nosotros y porque es lo que los chicos mañana van a poder escuchar y juzgar. Además quiero recuperar el tiempo perdido".

Hace poco, mientras estaba cantando sufrió un paro cardíaco. Ya lo daban por muerto cuando el milagro sucedió y Caracol volvió a abrir los ojos. A los tres días estaba cantando en la presentación de Esteban Morgado, como si fuera la última vez, viviendo cada historia que cantaba. "Siempre digo que hay gente que sale de noche y otra que se le hizo tarde", compara, y define una de las reglas de su propia vida.

-¿Cuáles son los tangos que te interesa cantar?

-Yo en realidad empecé al revés porque cantaba los tangos que me imponían mis viejos o los que estaban de moda en ese tiempo. Participé en programas como "Sábados de Carlitos" o "Glostora Tango Club" y había una tendencia de ese tango que hablaba de la mina que se iba a laburar al cabaret y después en el cabaret enganchara al boticario y se casaba. Después lo pelaba al boticario, que se iba a la casa de la vieja, y él le terminaba escribiendo un tango, y a la mina le sacaba la guita su fiolo [risas]. La mujer siempre salía mal parada en el tango. Yo retomé el tango en 1971, cuando conocí en La Plata a Eladia Blázquez y dije: "¡Hay otra cosa!". Después me fui para atrás y redescubrí a los hermanos Expósito, que los conocí, a Manzi o a Celedonio Flores. Conocí otro tango, que generalmente era gritado y no dicho.

-¿Eso influyó en tu manera de cantar?

-Es que a veces hay cantores que no saben lo que están cantando y no respetan la letra. Son efectistas y cantan a los gritos. Yo le doy mucha importancia al texto de la canción. Por eso, antes de cantarlos los leo, y cuando los interpreto los digo como si estuviera hablando con alguien. Por eso no me molesta si tengo alguien improvisando un tema de jazz atrás. Tampoco me gustan los decididos exagerados de la escuela del "Polaco". A mí me gustaba mucho Goyeneche, aunque en algunas cosas no coincido. Pero mi escuela fue otra, porque recibí mucha información de muchas cosas, desde los Beatles al "Gordo" Alfredo Abalos. Tampoco tuve ídolos, porque los conocí de chicos cuando hacía giras con Casco o Pintos. Si tuve un ídolo, fue mi viejo, que era un obrero

ferroviario que cuando se murió me di cuenta de lo popular que era. El entierro de él fue muy grande y ahí me di cuenta de que eso es ser popular, ser un tipo querido. Eso me cambió la vida.

-En tu repertorio hay baladas, boleros y hasta una canción de Ryuichi Sakamoto. ¿Es una forma de innovar en el tango?

-Siempre meto esas puntas en mi repertorio porque pienso que en algún momento son canciones que van a ser descubiertas por otros, como me pasó a mí. Hay una producción de gente que no las graba nadie o son grandes olvidados como Szwarcman, Eladia o Chico, y me siento endeudado con esa gente porque quiero que de una vez por todas se empiecen a cantar esos tangos. Me identifico con un tango que tenga un idioma actual, con el lunfardo que usan los pibes ahora. Creo que es hora de jugarse de una vez por todas por los temas nuevos.

-¿Tenías miedo a las críticas de sectores más conservadores del género?

-Pensé que iba a ser criticado, pero no fue así. Yo estoy tranquilo, porque no me importan los académicos ni los informados del tango. No me interesan. Le doy bolilla a la gente que vivió, no al leído. Para mí es al revés: el culto es el que vive; el otro es al que se la contaron. Además, estuve en muchos ambientes, nunca canté exclusivamente en tanguerías y me siento muy bien en todos lados, incluso en las peñas. Puedo cantar en un teatro o en un boliche. Como decía nuestro "filósofo" Federico Peralta Ramos: "Voy del cabaret al convento y del convento al cabaret". Después de estar a punto de morir dos veces, es como que estoy más allá de todo. Ya no tengo retorno.

**Por Gabriel Plaza
De la Redacción de LA NACION**